

Sobre las elecciones de 1976

Las elecciones son uno de los indicadores que permiten llegar más al fondo de cualquier régimen político que se defina como democrático. Por ello, la jornada electoral del domingo pasado muestra algunas importantes características de la historia y de la estructura del ejercicio del poder en México. Me propongo hoy mostrar esas características.

Dividiré esta exposición en tres partes: en la primera plantearé los tres principales problemas que resolverían las elecciones federales del domingo; en la segunda, exhibiré los datos cuantitativos electorales, y, finalmente, en la tercera parte, a través del análisis de esos datos, intentaré señalar lo que ese análisis indica sobre el presente y el futuro de la democracia en México, apropiándome de la célebre expresión del doctor Pablo González Casanova.

Vayamos a la primera parte. Los tres grandes problemas con que los mexicanos nos enfrentamos en estas elecciones son los siguientes: el abstencionismo, la hegemonía del partido en el poder y el apoyo con que gobernaría el seguro ganador, José López Portillo.

Aunque no es el más grave, el problema más mencionado fue el del abstencionismo. Existe en México una larga tradición abstencionista, sustentada en dos tipos de motivaciones: la certeza más o menos firme de saberse de antemano el nombre del ganador y el convencimiento de que existe el fraude electoral, particularmente si el partido en el poder se ve amenazado. En esta ocasión fueron cuatro las expresiones de la amenaza abstencionista: el propio gobierno, el hombre de la calle, un conocido dirigente político y la ausencia de candidato presidencial del PAN. La Comisión Federal Electoral, además de su función manifiesta de propiciar la participación, desempeñó la función latente de propiciar la abstención al dividir a los mexicanos, salvando todas las diferencias ideológicas y políticas, en el partido de los participacionistas y el de los abstencionistas. Es palpable que en el hombre de la calle persiste la conciencia de la escasa medida en que el voto lo hace decidir los destinos del país. De los 10 partidos y grupos que conforman el espectro político del país —PRI, PAN, PPS, PARM, PCM, Partido Demócrata Mexicano, Partido Socialista de los Trabajadores, Movimiento de Organización Socialista, Liga Socialista y Partido Mexicano de los Trabajadores—, sólo el último, por voz de su dirigente nacional, el ingeniero Heberto Castillo, se pronunció por la abstención total, con el argumento de: "No hay por quién votar." Otro de esos grupos —el Partido de Acción Nacional—, aunque participó en las elecciones para diputados y senadores, no presentó candidato presidencial, con lo cual aproximadamente el 10 por ciento de los mexicanos se quedaron sin opción política nacional.

El segundo problema a que nos enfrentaron las pasadas elecciones fue el de la hegemonía del Partido Revolucionario Institucional. Desde su fundación, en 1929, ese partido ha ganado todas las elecciones para presidente de la república, senadores y gobernadores de los estados, y una aplastante mayoría de diputaciones —federales y locales— y de presidencias municipales. Y, excepto la victoria no reconocida al opositor de derecha Almazán, el PRI nunca ha visto seriamente amenazada su hegemonía a escala nacional. Desde 1934 a nuestros días, el candidato presidencial priista menos aplastantemente triunfante —Miguel Alemán— lo fue con casi el 78 por ciento de los votos, y el opositor que más votos ha logrado —Padilla— sólo obtuvo el 19 por ciento de ellos. No obstante, durante los últimos 24 años se venía dando un progresivo aumento de los votos por los candidatos del PAN a la presidencia de la república: González Luna (en 1952) obtuvo casi el 8 por ciento; Luis H. Álvarez (en 1958), más del 9 por ciento; González Torres (en 1964), casi el 11 por ciento, y (en 1970) González Morfín, más del 13 por ciento.

Además de los dos problemas anteriores, estas elecciones nos confrontaron con el de sobre qué tipo de apoyo se fundamentaría el ya triunfante candidato presidencial, José López Portillo, apoyo que hay que considerar en dos aspectos: el cuantitativo y el cualitativo. El cuantitativo indicaría sobre qué cantidad de mexicanos basaría su fuerza el próximo gobierno federal, y el aspecto cualitativo indicaría qué grupos estarían a su favor, quiénes se le opondrían, y a quiénes les sería indiferente. Concretizando el problema, las elecciones del domingo mostrarían, en particular, si las clases medias —urbanas y conservadoras— y los campesinos y obreros independientes rechazan o apoyan el gobierno en ciernes.

Planteados los problemas, y antes de ver la luz que sobre ellos arrojan las elecciones, veamos las cifras electorales.

Se empadronaron casi 26 millones de ciudadanos en edad de votar, lo que es aproximadamente el 90 por ciento de ellos. Aunque aún no sabemos qué porcentaje de esos empadronados votó, contados 13 millones de votos, 12 millones de ellos han sido para el candidato presidencial postulado por el Partido Revolucionario Institucional, lo que es aproximadamente el 93 por ciento de la votación, es decir, 6 por ciento más que los obtenidos por Luis Echeverría y 4 por ciento más que los obtenidos por Díaz Ordaz. Los candidatos independientes —el derechista Pablo Emilio Madero y el izquierdista Valentín Campa— han obtenido juntos un millón de votos, aproximadamente el 7 por ciento de ellos, sin saberse hasta hoy cómo está repartido ese porcentaje. ¿Qué significan estos números?

Según el presidente del Partido Revolucionario Institucional, Porfirio Muñoz Ledo, su partido, además de conservar el apoyo tradicional de los obreros y de los campesinos, ha recuperado “la adhesión de los grandes sectores de las clases medias”, la jornada del domingo “será una fecha memorable en la historia política de nuestro país”, porque manifiesta “el avance incontenible de la participación democrática del pueblo”, lo cual es un “signo evidente

de la madurez de nuestra conciencia cívica y del gradual perfeccionamiento de nuestras instituciones". El secretario de Gobernación, Mario Moya Palencia, festejó el lunes "la victoria del partido de la participación contra el partido de la abstención". Mario Ezcurdia, en ilustrativo artículo de opinión en *El Nacional*, vocero oficioso del gobierno federal, afirmó el lunes que los mexicanos hemos "abandonado nuestra apatía tradicional para acudir a las urnas, no a decidir una contienda cívica —que no existía—, sino a expresar nuestra conformidad con el sistema de gobierno". El presidente del Partido Acción Nacional, Manuel González Hinojoza, dijo que "el pueblo mexicano reafirmó en estas elecciones su vocación democrática", que "el PRI está condenado a desaparecer, y que el pueblo expresó su 'repudio absoluto' al sistema electoral y político". La coalición formada por el Partido Comunista Mexicano, el Movimiento de Organización Socialista y la Liga Socialista, que postuló a Valentín Campa como candidato independiente, afirmó que las elecciones "confirmaron la obsolescencia del actual sistema electoral" y que el "PRI no logró tener para su candidato el apoyo de la mayoría de los mexicanos en edad de votar", por lo cual "el próximo gobierno se constituirá con el apoyo de una minoría de la nación".

Para lograr un acercamiento a la realidad de nuestra cosa pública hay que ir más allá de las declaraciones ideológicas y del simplismo de los números.

No cabe duda de que aumentaron considerablemente, en términos absolutos y relativos, el número de empadronados, de votantes en general y de votantes por el candidato presidencial priista. Esto significa que el hecho es que una clarísima mayoría de mexicanos expresan en una boleta electoral su apoyo al grupo en el poder. Pero esos números no dicen nada sobre el proceso real de la votación ni sobre las motivaciones de los votantes. Los votos para el candidato priista proceden de varias fuentes. Unos votaron porque están convencidos de que la persona y el programa de José López Portillo garantizan la conservación y el aumento del poder del Estado sobre la empresa privada, nacional y extranjera; otros votan así porque quieren dar al próximo presidente de México un poder procedente sólo del pueblo y que sólo a él se deba; unos más emiten el voto priista porque lo consideran una obligación profesional o una lealtad personal; y los últimos, presumiblemente la gran mayoría, votaron por López Portillo porque así se lo exigieron su líder sindical, su comisarista ejidal o su dirigente gremial. Estos votos hacen que el problema pase de cuantitativo a cualitativo, que lo que parecía democracia se muestre como autoritarismo, despotismo o dictadura, que sea más importante la motivación electoral que el resultado electoral, particularmente si lo que parecía lo mejor del segundo encuentra su explicación en lo peor de la primera.

Correlativamente, las cifras electorales muestran un descenso de las que se oponen o son indiferentes al Estado mexicano. Pero, por lo menos en los resultados conocidos hasta ahora, no muestran de dónde proceden los votos opositores, no sólo porque el voto es secreto —lo cual es una conducta democrática—, sino porque no se conoce el número de votos por los principales

candidatos no registrados —lo cual *no* es una conducta democrática. Interesa mucho saber cuántos mexicanos votaron por Campa, el candidato del Partido Comunista, y cuántos votaron por Pablo Emilio Madero, el candidato auspiciado por el grupo Monterrey.

Si la democracia significa que todos elijan a un gobierno, que ese gobierno sirva a todos, y que su fuerza provenga de todos, lograr lo primero —la victoria sobre el abstencionismo— puede ser una victoria pírrica si para consolidar lo segundo —el poder del Estado popular sobre la empresa privada— se prescinde de lo tercero; es decir, si se usa la coacción de una minoría con la máscara engañosa de la voluntad de la mayoría.

8 de julio de 1976

Iván Zavala Echavarría